

Nacha Guevara conmovió al público la noche de su debut y mostró su madurez artística

► El piano de Alberto Fabero tensa la cuerda del espectáculo

Fernando de Ita

Nacha Guevara debutó anoche en el Teatro de la Ciudad, demostrando que su instrumento, como a ella le gusta llamar al todo escénico que forma consigo misma sobre el foro, alcanzó ya la afinación, amplitud de registro, coloratura, fuerza y proyección que la convierten en una de las grandes virtuosas del teatro de cámara en el mundo.

¿Qué otra artista americana puede abarcar, como Nacha, los extremos de la comedia y la tragedia humana?

Como intérprete, la actriz argentina ha creado un personaje sin paralelo en el teatro de lengua española, con esa mujer mimo a quien le basta un banco, un pianista, luces y un micrófono para convertir el teatro en un templo, en el que su único oficiante se transfigura en el catalizador de la emoción interna de los espectadores.

Como cantante, la voz de Nacha ganó en cuerpo y flexibilidad, subió de volumen, está mucho mejor colocada y su técnica de respiración le permite matices de gran riqueza expresiva.

Como director de su espectáculo, la Guevara podría

dar lecciones de equilibrio escénico, de intuición e inteligencia para armar con las piezas exactas el programa preciso para provocar la reacción del auditorio que, al sentirse tocado — como una marimba — en todas sus cuerdas sentimentales, humorísticas y emotivas, termina, como en el día del estreno, entregándose por completo al hechizo que la Guevara auspicia con la forma y el contenido de su espectáculo.

No se debe ignorar que hay un trabajo de doce años tras este talento natural que ahora recoge los frutos de la disciplina y la entrega absoluta de la vocación artística. Tampoco se oculta que el desarrollo y el rendimiento de Nacha sobre el foro, tiene como base la extraordinaria capacidad de Alberto Fabero como músico, arreglista, ejecutante y compañero de escena.

Aparte de su ángel si por algo la Guevara es capaz de llenar con su sola presencia el espacio escénico, es en virtud de que el piano de Fabero cubre todo el hueco de la orquesta.

Desde luego, es notable la preparación de Alberto como músico de conservatorio, pero

acaso su virtud más grande sea, como la de Nacha, que su talento es múltiple. Tiene el *swing* que se requiere para el *music hall*, la sutil ironía que exigen las canciones de humor, el lirismo clásico, en algunos casos, libre en otros, para musicalizar poesía; cuenta con la fuerza y la calidad interpretativa para crear momentos de tensión sonora, lo mismo que posee la delicadeza para disolverlos; es, en suma, responsable directo del éxito de su compañera.

En cuanto al concierto, Nacha ofreció algunas de las piezas claves de su repertorio, presentó la creación que ella y Fabero han realizado últimamente con versos de José Martí, conmocionó al auditorio con su personal interpretación de ciertos poemas de Mario Benedetti, y complació a los villamelones echando mano a los recursos melodramáticos que este público pide para hacerse pasar por enterado.

Sus viejas creaciones de *Soy snob*, *Mi hombre* y *¿Dónde está la distinción?*, siguen conservando la frescura y el encanto de la primera vez. La desfachatez y el descaro de la última melodía, se vio refres-

cado por las adaptaciones al momento actual.

En *Los elementos* hizo una virtuosa variación de aquella canción del punto y coma que tanto trabajo vocal representaba. Volvió a estar encantadora en *Canta muy bien, pero . . .*, lo mismo que en *Hoy, music hall* que, con *Esto es teatro*, aborda el terreno de la comedia musical, no la gringa sino la inglesa.

Los piratas y *Tengo viento en el cerebro*, manejan diversos grados de protesta y conciencia crítica, destacando, sobre la letra, la música y los arreglos. *Aquí estoy* puede tomarse como una declaración de principios, puesto que Nacha aprovechó la canción de S. Sondheim para entreverar su propio grito de sobrevivencia.

Las canciones de amor y de samor, de Benedetti y Fabero, son, a nuestro juicio, la parte trillada del asunto, musical y temáticamente hablando. Su línea melódica es prácticamente la misma, y si bien el *Te quiero* tiene algunas figuras de lenguaje de gran impacto, no es casual que sea la canción más difundida entre los jóvenes *guau*.

El impacto de la noche lo causó Nacha con el poema de Benedetti, *Hombre preso que mira a su hija*, líneas recitadas al estilo — modernizado — de la Singerman, que convocaron la rabia, el dolor y la esperanza del hombre que ha sobrevivido a la tortura. Habrá que escuchar de nuevo los poemas musicalizados de Martí para adentrarse en ellos y poder emitir una opinión al respecto.



Para asombrar al público, Nacha comienza por asombrarse ella misma.



Nacha es una mujer que se convierte en varias, sobre el foro (Fotografías de Armando Salgado).